

Tal pintura te hace agravio;
Sin color, ¡cuánto le faltal

Ese instrumento, al metal
Traslada muros, ruinas,
No las formas peregrinas
De tan lindo original.

Si en la armoniosa lira de Alpuche resonaron los eróticos cantos; si la vehemencia de sus pasiones traslúcese en ellos; si en tan bellos rasgos nos describe los encantos de la mujer que amaba, no por eso hallaremos el continuo gemir, los cansados ayes de gran número de los modernos poetas, que sin suspiros y lágrimas no creen poder espresar pensamientos tiernos y sentidos. Varouil y robusta la entonación de los cantos amorosos de Alpuche, pintan mejor la desesperación de los celos, la indignación contra la mujer perjura, que no el afeinado lamento, ó la postración de un sér débil á quien se debe acariciar siempre, como á los niños, para que no llore. No, las cuerdas de la lira de Alpuche tradujeron mejor las quejas de la patria oprimida, que las del amante desdeñado; celebraron mejor las glorias sublimes de una nación, que la fácil victoria conseguida sobre la vanidad mujeril, ó sobre la caprichosa ó estudiada resistencia

de las damas. Joven era, nacido bajo el ardiente cielo yucateco, y Alpuche no podia haber tenido una juventud extraña á los goces íntimos del alma. Pero aquí mismo, en donde el mas fuerte desfallece y ante las lágrimas, fingidas acaso, de una mujer, perdona benigno, Alpuche se ostenta digno, tal vez cruel, pero nunca débil.

En la cuarta estrofa de *«La perfidia»* dice así:

¡Fijas en mí los ojos lacrimosos!
Y me pides perdon! y á llorar vuelves!
¿Qué mé importa tu llanto?
Si un diluvio de lágrimas lloraras
La mancha del agravio no lavarás,
Y el sacrificio mismo de tu vida
No pudiera dejarme satisfecho
De la horrorosa injuria cometida
Contra mi amante pecho.

«La Perfidia», de donde acabo de copiar estos versos, abunda en pasajes bellísimos que de tal manera nos conmueven que olvidamos algunas incorrecciones, muy fáciles de evitar si el autor hubiera sabido y observado el precepto de Horacio, de guardar sus obras para enmendar sus faltas después. Pero Alpuche dióla á luz tal como la inspiración se la dictó, y *soltada la palabra no sabe*

volver; ni hoy me sería lícito borrar un solo defecto de las obras del tijosucano.

Dejamos á Alpuche figurando ya en la *Academia* fundada por la juventud estudiosa, y llenando con acierto su parlamentaria misión.

Esta ha terminado y Alpuche á quien poco seducen los placeres de la corte en que ha descubierto su indagadora vista tantas llagas; Alpuche que se ahoga en esta atmósfera templada y no sufre en la ardientísima de Yucatan, apenas vé cerrar las puertas de la representación nacional, toma con ánimo resuelto y henchido el corazón de dulces emociones, el camino de la patria.

¡Cuán hermoso y cuán tranquilo es el cuadro que el poeta sueña ir á disfrutar!

En breve, aquellas auras impregnadas del aroma de las tropicales flores, refrescarán su volcánica frente, al acariciar su rubia cabellera; pronto los palmares que sacuden majestuosos sus verdes abanicos á orillas del azulado mar yucateco, le brindarán el delicioso jugo que encierran los pesados racimos del cocotero; los maizales susurrarán al oído del poeta promesas que colmen su ambición; se mecerán ante él las flexibles cañas de azúcar, y le presentarán la rubia espiga celebrada bajo el nombre de la *flor de la caña*; los harpados

cantores de los nativos bosques, celebrarán la vuelta de un *hermano* con notas mas deliciosas que las inspiradas al génio de Bellini; estrechará en sus brazos á la beldad de húmedo lábio, pálida frente y encendidos ojos, cuyos hechizos cantó desde lejanas tierras, y cuya ausencia tanto lamentara. Al sucio *lépero* y á la desgredada mujer, que habitan en las imposibles chozas de adobes y palmas de maguey, reemplazará el mestizo de alba y encarrojada camisa, de sonantes *clacles* y fino sombrero de paja, y la mestiza de pintoresco *terno*, de diminuto pié envuelto en pulido zapato de raso y de ojos de gacela y talle esbelto, morando en modestas pero bien formadas habitaciones de bejuco y palma, con sus huertos bordados de flores, y sembrados de frutales hermosísimos.

Todos estos y otros encantos van á halagar al poeta cuya adoración la constituyen el amor y las caricias de la mujer amada. Con estos pensamientos pisa Alpuche la cubierta de la nave que va á conducirle á las playas suspiradas.

En esta ocasión, entonó el tijosucano una canción que bastaría por sí sola para acreditar al autor como unos de los poetas mas excelentes. *La vuelta á la patria*, que tal es el título de este hermoso canto, es sin duda alguna, entre los que de

Alpuche se conservan, una de las mas acabadas y felices inspiraciones de su musa. Magestuosa y elavada su entonacion desde el primer verso hasta el último; asistiendo el lector á las palpitantes situaciones del corazon del poeta, rebozando amor á Yucatan, *La vuelta á la patria* es un diamante engastado en la corona inmarcesible de Alpuche.

¿Cómo resolverme yo á señalar determinada belleza en esta composicion de que apenas puede tacharse el uso equivocado de un tiempo de verbo por otro?

Básteme decir que este canto es superior, y con mucho, al que en idénticas circunstancias entonó el profundo literato y poeta español D. Francisco Martinez de la Rosa, y superior tambien á cuantos sobre un tema tan inspirador de suyo, han elevado otros celebrados autores.

Del atronador bullicio de la gran capital, pasó Alpuche á la salvaje soledad del campo; mostrando con esto que la residencia en Mexico no habia influido en su ánimo para hacerlo ambicionar mas elevados puestos que el que acababa de desempeñar con satisfaccion de los pueblos que le eligieran. Pero á poco, el juicio ilustrado de sus compatriotas volvió á sacarle de su pacífico retiro llamándole nuevamente al seno de la legislatura

del Estado. Incapaz Alpuche de negar sus servicios al suelo en que nació, supo acudir al llamamiento del pueblo, y presentósele favorable oportunidad para significar á sus conciudadanos su patriotismo, y desprendimiento renunciando el sueldo que las leyes le asignaban. Tocó á este congreso fijar constitucionalmente la suerte del Estado, y Alpuche contribuyó, el primero, á tan sagrado principio.

Llegada la clausura de aquel cuerpo tornó, como en las veces anteriores, á su soledad, á sus agrícolas faenas, y tal vez á meditar alguna obra que la muerte inexorable que acechaba ya á su víctima, impidió llevar á cabo con perjuicio de las letras mexicanas.

Ay! que ni el poeta que roba su luz al astro del dia, que sorprende á la naturaleza en sus mas bellas situaciones, que penetra los secretos del alma, y tiene el mágico poder de conmover los corazones, puede detener la cuchilla homicida de la parca.

El mismo temple de su espíritu vigoroso, dice D. Vicente Calero Quintana en la noticia biográfica que precede á las poesías de Alpuche coleccionadas despues de su muerte, le ponía en peligro de contraer esás calenturas que no son raras en nues

tros campos y que á él varias veces lo habian puesto á las orillas del sepulcro.

Pero llegó, continúa el mismo escritor, el momento en que iban á romperse las cuerdas de su lira; en que la patria iba á exhalar un gemido, los amigos del poeta á llorar sobre su tumba y la literatura á perder su mas privilegiado sostenedor. Despues de un ataque continuo, de treinta y un dias, en que no le desamparó una calentura fuerte, dirigióse á la ciudad de Tekax para ver si asistido facultativamente acertaba á escaparse de las garras de la muerte. Mas fué en vano: Alpuche iba á morir: de hora en hora se agravaba y los últimos momentos de su existencia venian siguiendo los instantes. Amaneció el dia 12 de Setiembre de 1841 y las esperanzas de sus amigos terminaron con la vida del poeta.

Entre ese grupo de leales amigos que rodearon la cama del moribundo y humedecieron despues su tumba, se contaba el autor de los dias del que hoy cumple con el deber de enaltecer la memoria del poeta yucateco. Muchas de las noticias de este ensayo se le deben al Sr. D. José Domingo Sosa, así como el que no se hubiesen extraviado las mas de las poesías que forman la única edicion publicada

de ellas en 1842 en la ciudad de Mérida, por el ya citado D. Vicente Calero Quintana.

Con la muerte de Alpuche sufrieron las letras yucatecas una pérdida que no han podido remediar hasta el presente, sea dicho esto sin pretender rebajar el mérito de los que existen; pero que consagrados á distinto género de estudios y trabajos, no han producido obras del carácter de las del autor á quien este ensayo está consagrado.

D. Pedro Ildefonso Perez, en su poesía *Los mártires de la independencia*, reveló, así como en alguna otra, el entusiasmo patriótico, la imaginacion y las dotes que para cantar las glorias de un pueblo son necesarias; pero discípulo ardentísimo de la escuela romántica, imitador feliz de Zorrilla, no tuvo sino contadas notas en su lira para la patria y sus libertadores. Lástima grande que su privilegiado talento no hubiese legado mayor tesoro de composiciones de esas en que al hacer la apología de los héroes, levantan al mismo tiempo la fama de sus autores y contribuyen á la formacion de la literatura nacional. Porque la poesía erótica y mas siguiendo hasta los extravíos del romanticismo, no está destinada á sobrenadar en el océano de los tiempos; cuyas oleadas solo respetan las tradiciones y las glorias de los pueblos.

Tampoco Aldana, D. Ramon, cuya oda á *Sebastopol* es un laurel para su frente de poeta; Aldana que á la elevacion de las ideas reúne no poca pureza en el lenguaje y belleza en la forma, segun las reglas de la moderna escuela, ha arrancado notas á su lira armónica para contribuir á inmortalizar á los padres de la independencia. Ni estos ni otros que pudiera citar han cumplido con deber tan sagrado, aunque, lo repito, excusarse pueden con la índole diversa de su carácter y de sus ideas. Podrian citárseme á los dos hijos del patriarca de la literatura yucateca, á los dos hermanos Justo y Santiago Sierra, nacidos en un lugar de la península, y cuyos patrióticos cantos han merecido el aplauso del inteligente círculo literario de México. Pero á tal objecion, fácil me seria contestar diciendo que ambos hermanos, crecidos y educados en México, no pueden ser citados ya como yucatecos, porque han olvidado del todo á Yucatan, su cuna; donde descansan los despojos del célebre doctor su padre, y tal vez con desden, ya involuntario, mirarian su nombre al lado de los que aparecen al frente y en las filas de los humildes literatos y poetas de la Península yucateca.

Mas sea de ello lo que fuere, nadie podrá disputar su gloria á Alpuche, que el primero, cum-

plió con sus deberes de mexicano y levantó á los héroes un monumento que *durará mas que los mármoles y bronces*, como de sí mismo dijo Horacio en su celebrada Oda XXX. Y este es el lugar en donde, ya que en otro no lo hice, debo hacer mencion de la oda de Alpuche *La Fama*, que no ha faltado quien juzgue una imitacion de la del poeta latino acabado de citar.

Muy distinta es la idea de estas dos odas. Horacio, en su magnífica composicion no expresa un anhelo, sino el firme conocimiento de una gloria ya adquirida y que seria duradera aun mas que los monumentos; en la oda de Horacio se escucha la voz del orgullo satisfecho; de la conciencia del propio valer; sin el velo de la modestia; como bien lo habrán notado los que han leído esa composicion. Alpuche por el contrario, se manifiesta decidido á sufrir todo género de penalidades, si ellas han de proporcionarle la única gloria que ambiciona: la de que Yucatan, no el mundo, le aclame su poeta.

Hé aquí las tres últimas estrofas:

Pero mi acerbo llanto,
Del deleite jamas interrumpido,
Vigor dará á mi canto;

Al canto dolorido
Que arranque mi memoria del olvido.

¡Patria adorada mía!
¿No cubrirán tus jóvenes de rosas,
Mi sepultura fría?
Tus vírgenes hermosas
No entonarán mis cánticos, llorosas?

No de inmortal renombre
La orgullosa ambición mi pecho inflama
Pero arderá mi nombre
Con refulgente llama,
Si su poeta Yucatan me aclama.

Y le aclamó tal, lleno de noble y legítimo orgullo; porque el pueblo que cuenta entre sus hijos á un poeta de tan levantado mérito como Alpuche, puede y debe estar satisfecho.

Refiriéndome ahora á la oda «*La fama*,» diré que la considero una de las mejores del autor, por que reúne, si no todas, al menos la mayor parte de las condiciones que una poesía requiere para merecer el calificativo de buena; y diré también que basta su lectura para probar que Alpuche, incorrecto muchas veces, podía haber llegado á hermanar la grandiosidad de sus pensamientos grandiosidad que le caracteriza, con la pureza que en los discípulos de la escuela clásica se admira.

Y pues de escuelas literarias hablo, no faltará quien, muy fundadamente me pregunte á cuál de ellas estuvo filiado el poeta yucateco. Fácil es deducir por lo que expresado queda en el curso de este ensayo, que Alpuche, rigurosamente hablando, no perteneció á una escuela especial, por la razón muy obvia de que, sin estudios ni elementos para poder verificarlos, no siguió otros preceptos mas que los que su criterio natural le dictaba.

Instintivamente creo que se inclinaba al eclectismo, es decir, no rechazaba el atrevimiento de los románticos cuando se trataba de espresar un pensamiento nuevo, elevado y grandioso, sin el servilismo de muchos *puristas*, que sacrifican á la forma una idea brillante si no encuentran una palabra *castiza* para espresarla; pero esto no era un obstáculo para que no procurase imprimir en la mayor parte de sus poesías el carácter peculiar á las obras escritas en el idioma de Fray Luis de Leon y del divino Herrera. Porque si como yo mismo hice notar al principio, se encuentran en sus obras faltas prosódicas, descuides perdonables, no sucede así tratándose de las ideológicas evitadas por él á toda cosa. Además, hay una defensa para los yerros de que el crítico severo pretenda acusarle.

Hijas de la inspiracion del momento, escritas á ul ima hora para ser leidas en las festividades nacionales, publicadas inmediatamente y sin la tranquila meditacion que para su pulimento requerian, y coleccionadas, nadie lo olvide, no en vida del autor, sin que él las hubiese sujetado al escrupuloso exámen que precede á toda publicacion formal, es de suponerse que en ellas se encuentran las faltas de los copistas, las que un mal borrador causa aun viviendo los autores, y otras circunstancias que atenúan mucho la fuerza de los cargos que pudiera hacérseles.

Además, Alpuche en su retiro campestre, sin libros de estudio, sin amigos literatos para consultar sus obras, sin elemento alguno de esos que contribuyen tanto al desenvolvimiento de las ideas, al desarrollo de la imaginacion, y á formar un gusto exquisito, era el ave de la selva que emite notas no aprendidas, imitadas de la naturaleza cuyos poéticos encantos á nadie se ocultan.

Mas tarde, cuando su pensamiento, libre desde el primer dia, estaba acostumbrado á lanzarse por las regiones del infinito, sin traba alguna, mas tarde, digo, fué cuando al llegar á México, pudo disponer de pocos, no de todos los elementos que necesitaba para perfeccionarse en el difícil arte. Pe-

ro era ya demasiado tarde, la muerte iba á segar muy pronto aquella preciosa existencia, y pocas son las poesías que compuso en aquella época.

Además, harto impetuoso era el genio de Alpuche para sujetarse dócil al yugo de las reglas.

Podreis torcer el curso de manso arroyo que se desliza entre flores y espadañas, en cuyas tranquilas aguas se retrata el cielo y apagan su sed las aves; pero al mugidor torrente que se despeña en espumosa catarata y apenas permite que en sus aguas se quiebren los rayos de luz, proyectando iris caprichosos, á ese no podreis nunca marcarle una senda para que la recorra apacible y dulcemente. Alpuche en sus cantos deja oír el sonoro caer de los torrentes, no el manso murmurar de las aguas cristalinas del arroyo.

A las bellezas en que abundan las poesías de Alpuche, no se les puede negar el tan apetecible mérito de la originalidad. No serán nuevas para los literatos que conocen concienzudamente á los autores de la antigüedad clásica, y á los modernos vates de ambos hemisferios; pero sí lo son en el autor que, preciso es repetirlo, porque Dios le dijo que cantase, lo hizo sin pensar que un día aquellos cantos, pasando á la posteridad podian ser sujetos á detenido exámen para ver si el

autor habia observado las reglas que los hombres han establecido.

Que para la fábula política Alpuche tuvo disposiciones felices, es cosa que ocultarse no puede á nadie, desde el momento en que se lee aquella que en su coleccion miramos. A censurar una de las mas comunes inconsecuencias de los gobernantes vá dirigida, y tan claro y sencillo es el argumento, el romance tan fluido y fácil, la moraleja tan bien deducida, que justo sentimiento produce no hallar otras composiciones de ese género entre las de nuestro poeta. Tan adaptable como son el apólogo y la fábula para cumplir con el tan conocido precepto horaciano: *delectare ac monere*; tan útil como es la puntual observacion de esa regla, no alcanza, sin embargo, entre la mayor parte de nuestros poetas feliz observancia. Gloriarse puede Guanajuato, célebre por sus históricos recuerdos no menos que por sus metalíferas tierras, de haber sido cuna de José Rosas Moreno, fabulista que en nuestros dias ha conquistado ya el honor de ser á extraño idioma traducido alguno de sus bien delineados cuadros de la escuela de Lanfontaine é Iriarte. Alpuche una muestra tan solo nos dejó; pero única como es, basta al fin que me propusiera, y es demostrar que pudo haber

cultivado los diversos géneros de poesía, dejando por donde quiera brillantes rasgos de un talento colocado muy sobre la vulgar corriente.

En cuanto á las ideas políticas de Alpuche, basta leer sus obras para reconocer que era un patriota distinguido, que profesaba desde sus primeros años las mas avanzadas ideas de libertad y de progreso. Si esto no constara en sus escritos, sus hechos nos lo demostrarian de satisfactoria manera.

Paréceme haber demostrado que D. Wenceslao Alpuche, si no el jefe de los poetas patrióticos mexicanos, es sin duda uno de los que mas han contribuido á la gloria de nuestros héroes; y reune, considerado bajo distintos aspectos, las cualidades mas reelevantes, que le hacen acreedor al recuerdo de los mexicanos; porque su nombre brilla con refulgentes caractéres en el hermoso cielo de nuestra literatura; que la juventud actual, llena de tan nobles aspiraciones y sentimientos, debe inspirarse en las obras del poeta yucateco, que aun con sus errores, son dignas de la admiracion y de la inmortalidad.

Si este ensayo modesto, despierta en la juventud el deseo de conocer y estudiar á D. Wenceslao Alpuche, veré satisfecha mi aspiracion única.

al emprender este trabajo, y entonces el recto juicio de personas verdaderamente ilustradas conseguirá lo que no pudo alcanzar el autor de este libro: fijar para siempre la gloria poética del cantor de Hidalgo.

Terminada aquí la tarea que emprendí de dar á conocer á D. Wenceslao Alpuche, deber mio es, para gloria mayor del poeta, dar cabida en el apéndice que irá á continuacion, las mas escogidas, ya que no todas las producciones del tijosucano, y preferentemente á aquellas que han sido objeto del estudio que he terminado, para que las personas á cuyas manos llegue este trabajo califiquen mejor que yo las poesías mismas y el concepto que de mí han merecido.

Sin esto, poco ó nada habria conseguido, y en verdad que no quedaria satisfecha mi aspiracion de colocar el nombre del poeta yucateco en el lugar que reservado debe estarle por sus cualidades eminentes.

A HIDALGO.

POEMA.

Suspira sin cesar la patria mia
 A oprobio vergonzoso condenada,
 Sangriento el seno, su beldad ajada
 Por la fiera codicia y tiranía
 De la implacable España: los gemidos
 Que lanza en su dolor tan tristemente,
 De sus hijos hiriendo los oídos,
 Aumentan su afliccion inútilmente;
 Las lágrimas de sangre que destilan